

Las dos caras de una misma pobreza: el sí y el no del día mundial (por Juan Cuquerella S.J*)

*Director Nacional de Fe y Alegría Perú

(Noticias de la OIT. Junio de 2008).-

El día 12 de junio, el día del "no" al trabajo infantil, es sin duda el día del "sí" a una escuela atrayente y divertida. Podemos encontrar muchas razones reales para convencer y convencernos de que los niños y las niñas no deben estar en el mundo del trabajo pero me parece mucho más constructivo que los adultos trabajemos, nosotros sí, para afirmar, diseñar y construir el mundo donde ellos deben pasar su infancia: Una escuela eficaz, atrayente y de calidad.

Como siempre cuando negamos algo, en este caso el trabajo infantil, es mucho más importante y constructivo afirmar su polo opuesto, la otra cara del asunto. No queremos a los niños en el trabajo porque su puesto y su derecho es crecer, construirse, hacerse, educarse. Es bueno que el énfasis y el convencimiento con que manifestamos dónde no queremos que estén los niños lo pongamos en proporcionarles el lugar donde sí queremos y deben pasar su infancia: La escuela.

En el Perú, lo mismo que a nivel mundial, la agricultura es el sector en que se da el mayor índice de trabajo infantil. Desgraciadamente, es también en el ámbito rural donde la escuela adolece de infinitos defectos que la hacen inadecuada, ineficaz y aburrida, por decir lo menos.

Si bien es cierto que en el entorno rural hay tareas adaptadas a la edad del niño, que no interfieren con su escolaridad y que incluso son una buena preparación

para su ulterior trabajo como adulto, con gran frecuencia son los trabajos en la agricultura y el pastoreo que realizan niños y niñas los que compiten con la escuela en ocupar los días de su infancia.

En esta competencia, hoy día sin duda la perdedora es la escuela. Los bajísimos promedios de permanencia en la escuela y las altas tasas de deserción de nuestros niños y niñas campesinos nos lo indican claramente.

Una escuela lejana, precaria en infraestructura, en la que el docente frecuentemente no llega, en que no existe más material didáctico que la tiza y un descascarado pizarrón -cuando lo hay- y cuya metodología de enseñanza se reduce al famoso dictado y copiado en ajados cuadernos de contenidos y materias completamente desconectadas del entorno y de la realidad rural, no puede ser atrayente ni para los padres de familia ni mucho menos para los niños que tienen que sufrirla.

Si queremos que nuestros niños y niñas no pierdan injustamente su infancia dedicados a un trabajo que los explota, los denigra o pone en peligro su salud o integridad, construyamos para ellos

una escuela con una propuesta educativa adecuada a los intereses y necesidades del desarrollo y modernización del agro. Construyamos una escuela acogedora en que alumnas y alumnos tengan la confianza y la cercanía de compartir sus saberes previos, los que su riqueza cultural les da en herencia, los valores vividos en la familia y en los juegos, el contacto con la naturaleza vivido en la chacra y los pastizales.

Son esos conocimientos, valores y criterios sobre los cuales tendrán que ir construyendo los alumnos sus nuevos conocimientos, aptitudes y actitudes, y así ir creciendo como personas y como ciudadanos. Ofrecámosles una escuela donde aprendan a aprender, donde se desarrollen, donde se realicen.

Ciertamente que una escuela así tiene que reconstruirse alrededor de la figura de un docente que cree en lo que hace, le gusta hacerlo y tiene y pone al día los instrumentos pedagógicos necesarios para ello.

Pero el docente no puede estar solo en esta tarea: tiene que estar acompañado por la comunidad entera. Un docente foráneo, que desprecia o no comprende, no respeta y no quiere a la comunidad, a su mundo y sus valores difícilmente puede ofrecer a los alumnos una escuela que les atraiga y que sea una alternativa mejor y más atrayente que pastorear o ayudar en la chacra como lo hacen todos en casa.

Queda mucho por hacer en la escuela rural para que se convierta en un lugar agradable y hasta divertido donde los pequeños quieran estar porque aprenden y se sienten queridos. Desde acercarla físicamente a los niños de forma que el camino a la escuela no le suponga largas horas de caminata con sol, frío o lluvia, y, sobre todo, acercarla psicológica y socialmente a la nueva ruralidad, a esa que no esté unida como hoy a la pobreza, esa que los padres sueñan y los alumnos tendrán que construir.

No somos coherentes si invertimos en campañas para la erradicación del trabajo infantil especialmente en las áreas rurales, y no invertimos en lo necesario para que la escuela rural realmente sea una alternativa mejor, más amigable y más útil para el desarrollo de niños y niñas.

La calidad de la educación básica debe ser pues un continuo referente para saber cuánto estamos avanzando en erradicar el trabajo infantil. Pero no olvidemos que para que la educación sea realmente alternativa frente al trabajo infantil, debemos ofrecer a los niños una educación de calidad que sea relevante para su mundo y su futuro, fácilmente accesible y verdaderamente gratuita para la empobrecida familia del campo.

Algunos señalan que no bastará con que mejoremos la escuela para que los niños dejen el trabajo. Se afirma que las necesidades económicas y otros aspectos culturales son fuertes causales del trabajo infantil. Efectivamente, como en todo problema social, podremos ver diferentes aristas, pero es, sin duda, la calidad de la escuela y la asistencia gustosa a ella un camino cierto para liberar a los niños y niñas de la explotación y de los peligros que ahora sufren en el trabajo.